

Es propiedad
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,
Rios, Perez y Guesta.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA COSTUMBRE ES PODEROSA.

Comedia en un acto, arreglada á la escena española por D. Fernando G. de Bedoya,
representada con aplauso en el teatro del Instituto español el mes de mayo de 1851.

PERSONAS.

ACTORES.

LA MARQUESA.	Doña I. Garcia.
CARLOTA.	Doña M. Montero.
DON CAMILO.	D. J. Banovio.
FEDERICO.	D. J. Ortiz.
MIGUEL.	D. J. Albalat.
UN NOTARIO.	D. F. Argüelles.

Acompañamiento.

La acción se supone en una casa de campo estramuros de Alberique, pueblo de la provincia de Valencia; puerta al foro con vistas á un jardín; otras dos laterales; varios muebles y entre ellos una mesa con tapete que llegue hasta el suelo; en ella habrá útiles de escribir, y una jícara con chocolate; papelera en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL á la izquierda sacudiendo el polvo á una revista; despues FEDERICO por el foro en traje de caza, escopeta, etc.

MIG. Usté no es náa (*cantando.*)
usté no es náa
usté no es chicha
ni limonáa...

Pues señor, bien! no acierto el enigma; qué diablos tendrá mi amo? Cuidado con hablar solo como un desesperado! Qué cosas se dirá él mismo á si mismo? Lléveme el Señor si no tengo una curiosidad estupenda! Anda, se para, se dá con el dedo en la frente... qué será ello? No lo comprendo... esta mañana, sin ir más lejos, le vi en su cuarto con un pié para atrás y otro para adelante, en una posición algo rara.. luego pidió el chocolate, se lo trajo la doncella, le llamó, le avisó, y... nada! ahí está intacto... Vamos, muy grandes deben de ser las cabilaciones de ese hombre, cuando no piensa en sus necesidades físicas... Mi amo mira con indiferencia el chocolate; pues señor, no hay duda, un hombre que mira con in-

diferencia el chocolate, tiene remordimientos.

FED. (*entrando.*) Buenos dias, querido Miguel.

MIG. (*sin oirlo.*) Ese hombre es... hombre tonto.

FED. Quién, yo?

MIG. No señor, usted no; hablaba de mi amo don Camilo.

FED. Supongo que ya habrá salido?

MIG. Quiá! aun está arriba en su gabinete.

FED. Todavía! Perezoso! Y yo que le creía ya en la quinta de mi tia, enamorándola como siempre? Que cierto es, que los solterones son como las coquetas; siempre en el tocador; ah! á propósito de coquetas, cómo está Luisa, tu novia?

MIG. Toma, mi novia... buena:

FED. Te quiere mucho, eh?

MIG. Si señor; al menos lo dice.

FED. Y cuándo te casas?

MIG. Yo? Jé! jé! bueno estoy yo para casarme!

FED. Pues qué tienes?

MIG. Nada! ni un real; cabalmente por eso no me caso; y diga usted, usted que es el sobrino de su tia, no me querrá decir cuando esa buena señora sacará de penas á mi amo?

FED. No me martirices, Miguel; tengo la sangre hirviendo con tantas dilaciones... suponte si la tendré quemada, cuando de esta boda depende mi viage á Madrid .. á Madrid, entiendes? A esa corte encantadora, donde dicen que no hace frio ni calor; á esa villa sublime donde me han asegurado que cada calle es un jardín Botánico, cada casa un palacio, cada muger...

MIG. Una hembra? (*interrumpiéndole.*)

FED. No, hombre, no; un serafín. . Si, Miguel, mi tia me llamó hace dos meses á su gabinete, y me dijo: «Federico, al dia siguiente de mi enlace con don Camilo Piston, se cumplirán tus deseos; ese dia te proporcionaré recursos y marcharás por dos meses á la corte:» desde entonces, querido Miguel, no pienso en otra

cosa; es mi sueño, mi ilusión; pero parece que el diablo se ha propuesto reirse á mi costa; esa boda se dilata, y ya no puedo sufrir tantas dilaciones; si, estoy decidido! Voy á intrigar; á mi tia mas que á nadie conviene este matrimonio, porque al fin don Camilo es un hombre acomodado, Alcalde...

MIG. Toma! y mayordomo mayor del Cristo de los pasos...

FED. Por supuesto que mi tia no le vá en zaga; viuda del marqués de Canta-claro, antiguo miembro de la grandeza, gefe de los pájaros del gabinete de la Historia natural... y yo no sé cuantas mas cosas; ello es que se conserva todavia fresca, robusta... bien que por su parte don Camilo está igualmente guapote...

MIG. Sin embargo, creame usted, algo le pasa á mi amo.

FED. Qué dices?

MIG. (con misterio.) Digo, que mi señor tiene alguna cosa; todo el mundo sabe que hace cuatro años que vive en este pueblo; que por su comportamiento ha sido nombrado alcalde; que es rico, y aqui paz y despues gloria; pero todos ignoran quién fué, á qué vino, ni de dónde proviene su riqueza; y lo cierto es, que él no está tranquilo; no ha reparado usted en su mania de no querer ver ni recibir á los viajeros que vienen de Madrid?

FED. Si, pero eso nada tiene de extraño; ideas particulares que no se oponen á que yo le aprecie en todo su valor... En fin, eso no hace al caso; di á tu amo, que he estado aqui. Adios, Miguel; te repito que voy á intrigar; voy á ser un sobrino modelo.

MIG. Pero se vá usted tan pronto?

FED. Si; voy á desayunarme, y en seguida al parador de diligencias, á ver los viajeros que vienen de Madrid. Ah! Madrid! dichosos ellos.

ESCENA II.

MIGUEL, despues DON CAMILO.

MIG. Me quedé lo mismo que estaba; nada he descubierto .. pero no importa, yo lo he de saber todo, si señor; todo, porque es vergonzoso para un criado ignorar los secretos de su señor.

CAM. (entrando desde la puerta figurando que habla con personas que estén fuera; trae un papel en la mano.) Si, señores, quedo enterado; se hará justicia; luego presentaré este memorial al ayuntamiento y ya sabrán ustedes el resultado. (entra, despliega el papel y lee.) «Señor alcalde constitucional; Los que firman, vecinos honrados de esta villa y primeros contribuyentes en toda clase de contribuciones, quisieran que usted se hiciera cargo de mejorar el ornato de la poblacion, mandando lo primero empedrar las calles al estilo de Madrid, es decir, por medio de adoquines...» Nada mas justo, si señor, se empedrarán, cueste lo que cueste; ya habia yo pensado en ello; con adoquines y sino con asfalto... han de quedar las calles lisas, suaves, para que si es preciso hasta se pueda bailar en ellas. (hace una pirueta y se vuelve enfadado á ver si alguien le observaba; repara en Miguel) Eh! qué haces tu ahí? Ola! has liampiado ya la levita?

MIG. Si señor.

CAM. Ha venido alguien?

MIG. El alguacil á avisar á usted que luego hay ayuntamiento.

CAM. Bien!

MIG. Y ademas, el señorito don Federico.

CAM. El sobrino de la señora marquesa de Canta-claro? Y qué dice?

MIG. Dice... pues... que desea se case usted con su tia.

CAM. Que me case? Conque se habla de eso por ahí?

MIG. Toma! en todas partes, y como en ninguna faltan malas lenguas...

CAM. Que?

MIG. Dicen que usted entorpece la boda...

CAM. Yo?

MIG. Si señor, porque.. en fin... porque tendrá usted sus inconvenientes.

CAM. Y quién es el atrevido?..

MIG. No se irrite usted, mi amo... pero la verdad, aseguran que está usted triste, pensativo, cabizbajo, cuando debia bailar de contento.

CAM. (de pronto.) Cómo bailar? Di á esos señores que yo no bailo, ni he bailado en mi vida; que soy alcalde y que los alcaldes no bailan, no deben bailar jamás, estás? Ea! que enganchen la tartana, que me voy al ayuntamiento.

MIG. Señor! no se incomode usted; esto no ha sido mas que decir...

CAM. Qué decir!.. Los dichos que se dicen sin saber lo que se dice; si señor; hablar por hablar; decir por decir; decir cosas que no tienen sentido comun; qué es decir que debo bailar de contento? Qué se entiende bailar un alcalde, y un alcalde como yo?

MIG. (Se ha puesto hecho una furia.) Perdóneme usted, señor, si yo he podido... la verdad... no sabia...

CAM. Bien, déjame; necesito estar solo.

ESCENA III.

DON CAMILO, despues CARLOTA.

CAM. Pues señor, no hay mas remedio, voy á declararlo todo; este secreto me aburre! no hace mas que dar brincos en mi corazon como un desesperado. Pero qué confesion voy á hacer, Dios mio? Mi posicion es la de un propietario elegible, la de un mayordomo de hermandad, la de alcalde; y decir ahora que he sido... no, no, no, eso no lo declaro á nadie. Despues que me case llamaré á mi muger la marquesa... la meteré en el pabellon del jardin, cerraré la puerta, y alli en medio del silencio sepulcral, mano á mano, y con el mayor misterio, la descubriré... pero señor, qué necesidad tengo yo de decir que he sido bailarín? Qué tiene que ver el casamiento con los hechos pasados? Si ella ha sido y es marquesa, yo he sido autor de batimanes y cruzados. Si señor, y soy digno de las mayores consideraciones porque al fin fui el inventor de la cabriola horizontal; este equilibrio, me ha dado mucho dinero. Si esa señora es viuda del marqués de Canta-claro, antes yo no sé lo que seria. Nada me ha dicho, y por consiguiente no me creo en la obligacion de confesarla que he sido bailarín. Por otra

parte, no se me conocerá. A lo menos se me figura que no se lleva escrito en la frente lo que se ha hecho con las piernas; eso es, y no recibiendo ni queriendo ver á ninguno de mis antiguos camaradas, para lo cual me he establecido en este pueblo, no correrá peligro mi secreto... Sin embargo, todavía me hace cosquillas aquel malandrín despavilador del circo, que pasó por aquí hace cuatro meses, y se atrevió á reconocermé; mucho le encargué el silencio y le regalé para que lo guardase, pero temo que lo descubra, y entonces... Mas qué diablos estoy pensando? Es acaso algún crimen haber hecho piruetas? La acción no está del todo admitida, pero hoy día la aristocracia no repara en esas nimiedades... en fin, vamos al ayuntamiento; oigo las campanillas y esto prueba que la tartana me está esperando. (*Carlota elegantemente vestida, aparece en el fondo mirando hácia dentro.*) Pero, qué es eso? Quién es esta joven que así se entra por mis puertas?

CAR. No hay nadie! Ah! perdone usted, caballero! No es esta la quinta donde vive el señor de... mas qué veo? Un abrazo, mi querido Tortolini!

CAM. (*asustado*) Chist! silencio! desgraciada criatura, quién es usted y á qué viene á este sitio?

CAR. Qué, no me conoce usted ya? Soy su ahijada, su discípula, Carlota; aquella á quien enseñó usted tan perfectamente el bailable de los sátiros.

CAR. Car... no, no; yo no conozco á usted, no la he visto en mi vida, no quiero conocerla.

CAM. Conque ha olvidado usted á su ahijada, con quien bailaba el paso de los céfiros.

CAM. Calla! infeliz! calla! me vas á comprometer? Yo no me acuerdo de eso; me retiré del todo para no volver á cir... pero, quién te ha traído por mi condenación á este pueblo?

CAR. (*sollozando.*) Vaya! que gasta usted unas bromas, señor Tortolini!..

CAM. Otra vez? Me llamo Camilo Piston, y soy propietario elegible; mayordomo mayor y alcalde constitucional; ya lo sabes! Solo así deberás nombrarme en lo sucesivo; pero no; tú debes marcharte al momento de esta casa, al galope, porque si no me vas á comprometer.

CAR. Pues! cuando he venido de intento, á ver á usted y á suplicarle...

CAM. Pero quién diablos te ha dicho que yo vivía aquí?

CAR. Juanillo! el despavilador del Circo, que le vió á usted cuando volvía á Madrid de su viaje á Valencia

CAM. Maldito! bien lo temía!.. En fin, sea como sea, es preciso que te vayas, Carlota, y pronto, muy pronto...

MAR. (*dentro*) Dónde está el señor de Piston?

CAM. Ave Maria Purísima! La marquesa, qué va á ser de mí?

CAR. Una marquesa, Dios mio!

CAM. Sigüeme, sigüeme, incauta bailarina; vámonos por este lado. Te encerraré en el pabellón del jardín y despues hablaremos.

CAR. (*yéndose con él por la izquierda.*) Jesus! Mi maestro se ha vuelto loco.

ESCENA IV.

La MARQUESA, despues FEDERICO.

MAR. Este hombre no parece por ninghna parte, dónde se habrá metido? Ni en el campo ni en la casa... (*á Federico que entra*) Qué, no le encuentras?

FED. No señora y me estraña ciertamente, porque su criado me dijo hace poco, que aun no habia salido.

MAR. Bien, le aguardaremos.

FED. Gracias á Dios, tia, que ya se vá aproximando la hora de que se verifique el tan deseado casamiento de usted con el señor don Camilo.

MAR. (*suspirando.*) Aun no se ha efectuado.

FED. Cómo! Ha variado usted de parecer?

MAR. No, hijo mio, no; la viudez es muy árida; la soledad muy hipocondriaca; el campo muy triste, y cuando una está acostumbrada á vivir en el gran mundo, y se oscurece del modo que yo lo he hecho, es cosa de aburrirse de hastio; sobre todo, en las noches del invierno... por eso deseo... confieso que Piston es un hombre amable, de buen caracter... Ay! por cierto que se parece mucho á cierta persona, á cierto joven... pero qué disparate! repito que nuestro vecino es apreciable, pero estando decidido á vejetar en estos matorrales... yo no sé... por otra parte nunca se decide.

FED. Conducta muy propia de un enamorado.

MAR. Ya, pero es terrible!

FED. Tal vez don Camilo tenga otros temores... tal vez sepa los rumores...

MAR. Federico, silencio! A las hablillas nunca se las dá crédito; es verdad que he sido un poco ligera; nacida en el torbellino de la corte, elegante, amable, y con un rostro que segun la fama pública interesaba, he tenido algunos lancecillos, que no prueban otra cosa que la inesperienza de mis verdes años, y la sensibilidad de mi sexó.

FED. Sin duda; pero esos lancecillos quizás retraerán á Piston, y es necesario obligarle á que se decida.

MAR. Yo sé un medio escelente; mas silencio, él viene.

ESCENA V.

Dichos, y DON CAMILO, por el fondo.

CAM. Qué es lo que me han dicho? La señora Marquesa, mi linda vecina, está aquí? Espero me perdone usted por no haberla podido recibir. He estado ocupado... Ya se vé, la alcaldía, me proporciona tantos quehaceres; pero me disponia para pasar en seguida á su casa de usted. Adios, mi amigo don Federico. (*saludándole.*)

MAR. Venia á invitar á usted para que nos haga el obsequio de comer hoy con nosotros.

CAM. Tanto favor! .

MAR. Si, tenemos que hablar. Ya recordará usted que el último día que comimos juntos, se hallaba mi escribano en la mesa, y como lo interpreta todo tan seriamente...

CAM. Qué, qué?

MAR. Si, recordará usted que hablamos de nuestro contrato, de las disposiciones que se debian adoptar... de los testigos... En fin, de todo

aquello que digimos... por distraccion... Pues bien, el tal escribano, que no se chancea jamás, me ha dicho que ha seguido testualmente nuestras instrucciones, y que todo está dispuesto; y además, me pregunta qué día queremos señalar para la boda.

FED.. De veras?

MAR. Ya veis, esto es ponernos en un compromiso.

FED. Pero tía, yo no encuentro inconveniente alguno.

MAR. Los hay, sobrino, y te encargo que vayas á desengañarlo.

CAM. Qué va usted á hacer, señora?

FED. Bien, yo iré, pero será para traer al notario y los testigos, y abreviar la felicidad de ustedes

MAR. Qué dices?

FED. Que desearia ir á caballo para volver mas pronto.

CAM. (*turbado.*) Es necesario, Federico, que...

FED. Nada, nada; ustedes deben apreciar este rasgo de mi cariño.

CAM. Bien, pero espere usted...

MAR. Un momento por Dios! Es necesario que nos pongamos de acuerdo.

FED. Nada escucho; seria yo crimiñal si dilatase por mas tiempo la felicidad de dos seres que me son tan queridos.

ESCENA VI.

Dichos, menos FEDERICO.

(Momentos de silencio en los que la Marquesa y don Camilo se miran con turbacion, hasta que al fin esclama aquella despues de un prolongado suspiro.)

MAR. Me parece, señor don Camilo, que hemos de ser muy felices á pesar nuestro.

CAM. Ciertamente, señora Marquesa.

MAR. Experimento en este momento un placer tan grato...

CAM. (*entusiasmándose gradualmente.*) Yo tambien, hermosa vecina.

MAR. El angel de la ventura va á cubrirnos con sus alas...

CAM. Y los céfiros van á proteger nuestro enlace...

MAR. Y las musas cantarán himnos al rededor de nuestro lecho nupcial.

CAM. (*va lentamente alzando el pié derecho hasta quedarse inclinado y fijo sobre el izquierdo.*) Y las flores, los ruseñores, los cantores y todo el coro celestial, se esmerarán en solemnizar las bodas de dos seres dichosos á porfia.

MAR. (*levantando tambien su pié y cogiendo las manos á don Camilo.*) Si, hermoso mio.

CAM. Y los poetas nos echarán versos, y los amigos coronas de laurel y siempre-viva.

MAR. Y el dia de nuestra boda, bailaremos juntos...

CAM. Bailaremos. Ah! bien, si; bailaremos un paso doble, la polka, la redowa. (*de pronto y sosteniendo á la Marquesa por la cintura, la hace dar un brinco y la trae á la izquierda.*) Ahora, volteo con cruzado.

MAR. (*asustada.*) Don Camilo, Jesus, qué es eso? Me ha descuadernado usted.

CAM. (*reponiéndose.*) Vamos, está visto, no me puedo contener.) Dispéñeme usted, señora; el entusiasmo, la emocion... el amor... (No hay remedio, estoy decidido; voy á declarárselo todo.)

MAR. Diga usted, vecino...

CAM. Antes oigame usted, señora; tenemos que hablar.

MAR. Cuanto usted quiera.

CAM. Sentémonos. (*cerrando las puertas y trayendo sillas.*) (Se lo digo de una vez, y no estoy espuesto á una tontería.)

MAR. Ya escucho.

CAM. Voy á decir á usted un secreto que hace cinco años tengo guardado en mi corazon.

MAR. Cinco años? Y no ha reventado usted?

CAM. No señora. (*se acerca mas á ella.*)

MAR. Ay! yo espero que usted no abusará de mi confianza. (*retirándose.*)

CAM. (*mirándola de arriba abajo.*) No, no; descuide usted.

MAR. Vaya, pues; empiece usted.

CAM. Tengo un secreto .. (No sé por donde empezar.)

MAR. Acabe usted por Cristo. Qué significa..?

CAM. Significa, que nuestro enlace es todavia dudoso.

MAR. Cómo! Quién será capaz de oponerse?

CAM. Usted misma, luego que sepa...

MAR. Jesus! Ya estoy nerviosa; ¿es algun asesinato? Algun suicidio? Algun lance dramático?

CAM. Por ahí le vá; oiga usted; es una cosa singular, estraña; usted dirá mirándome á la distancia que hasta aqui me ha visto... ese hombre es rico, propietario elegible, mayordomo mayor de una hermandad y alcalde de un pueblo... ese hombre es feliz, ¿no es verdad? Pues señora, vive usted en un error... estoy acusado...

MAR. Por quién?

CAM. Por los remordimientos.

MAR. Usted?

CAM. Si señora, yo. Y ahora bien, un hombre perseguido de un remordimiento, ¿cómo podrá aspirar á la mano de la viuda del marqués de Canta-claro, gefe que fué de los pájaros de la historia natural?

MAR. Pero por Dios, vecino; esplíquese usted; qué secreto es ese?

CAM. Oiga usted. (Se va á poner hecha un leon.) Mi padre, que era todo un hombre de bien, me educó santamente con objeto de hacerme fraile dominico.

MAR. Qué lástima!

CAM. Pero yo, que no tenia mucha aficion á la cogulla, me estravié...

MAR. En algun barrio poco frecuentado?

CAM. No señora, sabia perfectamente las calles; digo que me estravié en mi carrera; comencé á hacer novillos y estube seis meses sin abrir un libro siquiera; en su virtud mi padre tomó la resolucion de plantarme de patitas en la calle.

MAR. Y lo hizo así?

CAM. Sin duda alguna.

MAR. Pobre joven abandonado á merced de la infausta suerte!

CAM. Viéndome yo solo en el mundo, saque

fuerzas de flaqueza; busqué empeños, y á los dos meses entré... en donde creará usted?

MAR. En algun colegio?

CAM. No señora. (Vamos, me va á arañar.) Entre... (Pero señor, ¿por qué no la podré decir que entré en un teatro?) Entré... me ajusté... (levantándose de pronto.) Qué diablo! yo no puedo hacer una confesion semejante; he confiado en mis fuerzas, y...

MAR. (levantándose.) Dios mio! Aqui hay un secreto espantoso!

CAM. Horrible, señora, horrible.

MAR. Pero pertenece á extravios de la juventud?

CAM. Peor que eso.

MAR. Algunos pasos mal dados?

CAM. No señora, demasiado bien! eso es justamente lo malo.

MAR. Me alarma usted extraordinariamente; en nombre del cielo se lo pido; esplicuese usted.

CAM. No me pregunte usted mas, señora; bástela saber, que soy muy desgraciado.

MAR. Pero, por qué?

CAM. Por Dios..! no procure usted saber un secreto...

MAR. Si... si... es preciso... lo quiero... lo mando.

CAM. Jamás, jamás, jamás! No puedo... No debo... ¿cómo he de decir á usted que he sido... que he sido...? No, no, no lo digo..

MAR. Me va á dar un síncope...

CAM. Adios, señora, adios.

ESCENA VII.

La MARQUESA, luego MIGUEL.

MAR. Y se va usted? Amante! Vecino! Don Camilo Piston! No me oye! Qué aventura tan singular! Todavía estoy temblando! Qué secreto será ese, Dios mio? Habrá sido...? Pero en fin, lo descubriré, ó me quedaré yerta de curiosidad y desesperacion. (aparece Miguel por la izquierda.) Ven, ven, Miguel. (Este debe saberlo.) Escúchame impávido y sereno; de tu contestacion depende tu boda con Luisa, á quien me encargo de dotar decentemente.

MIG. De veras?

MAR. Oyeme; tienes algun conocimiento de los antecedentes de tu amo?

MIG. Hola! señora marquesa, ¿con que tambien ha entrado usted en curiosidad de saber..?

MAR. Cómo tambien? Con que segun eso hay otros que desean..?

MIG. Que si hay? Ya lo creo!

MAR. Y quién es?

MIG. Yo.

MAR. Tú?

MIG. Si señora, yo; si usted me ofrece guardar el mas profundo secreto, la diré que hace mucho tiempo he notado en don Camilo cierta cosa... cierta mania... asi... como de remordimientos...

MAR. Eso... eso... ah!... ah! no me he engañado... continua...

MIG. Y despues... despues... nada mas.

MAR. No, tú me ocultas algun secreto espantoso; ¿sabes algo mas y lo callas...

MIG. Aseguro á usted, señora Marquesa...

MAR. Habla, Miguel, habla, y el mes que viene Luisa será tu esposa.

MIG. Pero si nada sé...

MAR. La doblaré el dote que pensaba darla.

MIG. Eso es tentar á uno demasiado.

MAR. Me encargaré ademas de comprarte un traje completo para la boda.

MIG. Pues bien! Pero jüreme usted no revelar á mi amo esta conversacion, porque me despediria...

MAR. Sigue, sigue...

MIG. Ya vé usted, es alcalde y puede hacerme mucho daño.

MAR. Descuida, descuida! Vaya, esplicate pronto.

MIG. Pues, señor, ahora poco, estando yo en lo último del jardin, he visto á don Camilo pasar muy de prisa con una joven...

MAR. Con una joven... ¿por dónde?

MIG. Por el jardin... Llegaron al pabellon, y..

MAR. Y qué?

MIG. Nada, que entraron.

MAR. Los dos?

MIG. No señora, ella sola; mi amo cerró entonces la puerta, echó la llave, la guardó y se volvió.

MAR. Dios mio! me va á dar alguna cosa... Un patatús..! Qué escándalo! Una joven! Una rival! Una muger encerrada en un pabellon..! Esto es insufrible..! Yo voy á quejarme... esos eran los remordimientos, ese el secreto...

MIG. Por Dios, señora Marquesa, mas bajo, que va á venir...

MAR. Si; ese era el secreto; esto es una traicion, estoy segura... una incógnita! Qué cosa tan horrible! Los hombres! Qué hombres! Voy... me voy á casa.. á coger todas sus cartas... sus billetes amorosos y á quemarlos... quiero vengarme... confundirlo... pero esa muger... si, yo volveré...

MIG. Por Maria Santisima, señora, ¿qué vais á decir? (Vamos, en esto de celos lo mismo es una marquesa que una tabernera.)

MAR. Si, volveré.. la arañaré... yo necesito un desahogo... Adios, Miguel, adios. Me la ha de pagar, si; me la ha de pagar.

ESCENA VIII.

MIGUEL.

Se ha puesto hecha una furia, una pantera de Java y... no hay duda... me va á comprometer. Pero yo tengo la culpa... Calla! Allí viene mi amo... con una joven... Y es la del pabellon... Si yo pudiera escuchar su conversacion, sin que me viesen.. desde esta puerta... (la derecha.) El papel no es muy bonito que digamos... Ah! debajo de la mesa... perfectamente! Luisa y un buen dote, bien merecen este sacrificio. (se oculta debajo de la mesa y se cubre con el tapete.)

ESCENA IX.

CARLOTA, DON CAMILO, MIGUEL, debajo de la mesa.

CAM. (trayendo de la mano á Carlota.) Se fué, si; la he visto salir... entra, entra, desgraciada.

CAR. Pero señor, qué pasa?

CAM. (cierra todas las puertas) Silencio! aguarda, aguarda, ahora ya puedes decir algo, pero pronto, muy pronto, pues me harás un notable favor en marcharte cuanto antes.

CAR. Pues! Y yo que pensaba comer hoy con usted.

CAM. Imposible! Como fuera.

CAR. Vaya, otras veces era usted mas galante.

MIG. (Hola! hola!) (sacando la cabeza se cubre)

CAM. Bien! Eso era antes, pero ahora no conozco á nadie, no quiero conocer á nadie; he olvidado mis antiguos conocimientos.

CAR. Cómo! Ya no se acuerda usted siquiera de la Gambetti? La que hacia siempre de Venus?

CAM. Qué hermosa era! Dónde está ahora?

CAR. En Paris

CAM. Oh! me entusiasmo! Pero vaya, vaya! despacha, acaba, Carlota; esplicate pronto; ¿á qué has venido á este pueblo?

CAR. A pedir á usted un gran favor.

MIG. Favores tenemos? (sacando la cabeza.)

CAM. Vamos, habla.

CAR. He obtenido una representacion á mi beneficio, que se hará dentro de quince dias; ya se vé, como el público de Madrid esté ya tan cansado de todo, y especialmente del baile, por lo cual estaria el teatro desierto, me di á pensar, y piensa que te piensa, me acordé que Juanillo el despavilador me habia dicho que estaba usted en este pueblo; qué hago entonces: me voy á la diligencia, tomo un billete y me pongo en camino, diciendo para mi sayo... no hay duda, en cuanto su abijada se lo diga, lo acepta.

CAM. Pero qué he de aceptar, criatura?

CAR. Lo que voy á decirle; que se venga usted conmigo á tomar parte en la funcion.

CAM. Estás loca? Cómo se entiende? Subir yo al tablado del Circo? Yo, el mayordomo mayor, el alcalde constitucional.?

CAR. Calle! Es usted todo eso?

CAM. Si, señora.

CAR. Pues tanto mejor; ponemos en el cartel que el señor mayordomo de la hermandad de tal... y alcalde de cual, bailará un patedù, y verá usted como se llena el teatro.

CAM. Y qué se diria?

CAR. Qué habia de decirse?

MIG. A ver! (sacando la cabeza.)

CAM. Pues señor, no puede ser; vete, vete, y no me precipites.

CAR. Con que asi se ha olvidado usted de la gloria, de los aplausos, de las coronas? Con que ya no recuerda usted el entusiasmo del público y cuando los hombres dicen: bravo! y las mugeres fascinadas aplauden, agitando sus pañuelos en el aire? Con que ya lo ha olvidado todo, usted que ha hecho tantas conquistas?

CAM. Calla! tentadora!

CAR. Se acuerda usted de aquel lance que causó tanto ruido?

CAM. Cuando me robaron á la salida del teatro?

CAR. Y metieron á usted en un coche magnifico!

CAM. Oh! sí, fueron tres hombres enmascarados.

CAR. Que llevaron á usted á una casa de campo junto á Carabanchel de arriba, ó junto á Chamartin.

CAM. Y me hicieron entrar en un gabinete oscuro... oscurisimo... todavia me parece que le estoy viendo.

CAR. Y apareció una dama misteriosa... Usted me lo contó todo.

CAM. Y por cierto muy linda... digo, yo no sé si era linda, porque no la vi, pero en la oscuridad me pareció muy bonita.

CAR. Y por cierto que no consiguió usted que se descubriera.

CAM. Que disparate! Yo me empeñé en que si ella se obstinó en que no; echo á tientas tras ella, no la alcanzo y tropiezo con una chimenea; pongo la mano encima y encuentro una sortija; me la pongo en el dedo, y... mirala aqui la tengo desde entonces; (vá á la papelería y vuelve con ella.) de oro cincelada con una cifra R. y C.

CAR. Que linda es! Pues señor, no me cabe duda esa señora debia ser una princesa estrangera

MIG. Una princesa!.. (sacando la cabeza y sin poderse contener.)

CAM. Qué es eso?

CAR. Qué?

CAM. Nada! me habia parecido oír... Mira, querida, me haces padecer unos sustos mortales. con que vete, vete, que ya es hora de que marche la diligencia.

CAR. Pues que, no viene usted conmigo?

CAM. No, es imposible; toma las de Villadiego no digas á nadie que me has visto. Si? Adios adios.

CAR. En ese caso, si no quiere usted acompañarme á Madrid, me vá usted á hacer otro favor

CAM. Qué quieres? Mi bendicion? Tómala.

CAR. No señor; que me dé usted un par de lecciones de aquel paso doble tan bonito que usted sabia, para presentar algo nuevo.

CAM. No quiero, no quiero, vete.

CAR. Si, si; es de mucho efecto; ea, ya estoy en posicion.

CAM. (Y yo en brasas.) Mira, Carlota, toma el portante.

CAR. (bailando.) Tra, la, la, ra, la, la, ra. Vam á ver; figuremos que esta es una escena de seduccion.

CAM. No me seduzcas.

CAR. (bailando) Tra, la, la, ra.

CAM. (la vuelve la espalda.) No quiero mirarte.

CAR. Ahora una campanela y los ojos bajos.

CAM. (volviendo la cara á su pesar.) Muy mal, muy mal; el cuerpo está bien, pero esos pies tienen estilo.

CAR. Ahora el amante me quiere coger y huyo.

CAM. Eh! no sabes huir siquiera; vaya un modo de tomar carrera con el pie izquierdo; eso queda bueno para la tropa.

CAR. Ahora el paso doble.

CAM. Eres muy torpe. Voy á hacerlo yo, porq sino... pero necesito una rosa, siempre se necesita una rosa en las escenas de seduccion no la tengo.. pues bien se supone que la llvo... ven aqui. (canta y baila con Carlota.) Tra, la, la, ra.

MIG. (sacando la cabeza.) Qué están haciendo?

MAR. (dentro.) Don Camilo! vecino!

CAM. (pierde el equilibrio y queda con un pie en el aire.) La Marquesa, Dios mio! Soy perdido; v condenada, ven; tú vas á ser mi perdicion la izquierda.) por este lado no, por la derecha ni aun sé donde tengo la mano derecha... el pasillo; al fin hay una puerta secreta; v por ella y no vuelvas mas; adios.

AR. Pero qué sucede?
 AM. Vete, vete, y no pares hasta Madrid. (la empuja y cierra)
 AR. Don Camilo! vecino! (llamando al foro.)
 AM. (tosiendo.) Jeh! jeh! voy, voy, señora; Dios me libre y me defienda.

ESCENA X.

La MARQUESA, DON CAMILO, MIGUEL, escondido.

AR. Aquí estoy de nuevo, caballero, vengo pero qué es eso? No me escucha usted?
 M. Si, si, señora.
 AR. Sabe usted, vecino, que estoy altamente ofendida de su proceder?
 M. (sin oír.) (Dios mío de mi alma, y se me ha olvidado dar á esa criatura la llave de la puerta secreta!) (va á buscarla en la papelera)
 AR. Don Camilo! Se ha vuelto usted loco?
 M. No señora! Dispénseme usted, Marquesa; me estado aquí ahora mismo ajustando unas cuentas con mi arrendador, y se me ha olvidado darle un documento... (Y no parece!) Un papel interesante. (Ah! aquí está!) Suplico á usted me perdone; vuelvo al instante. (se vá por la derecha y corre el cerrojo por dentro)

ESCENA XI.

MARQUESA; MIGUEL que sale de debajo de la mesa cuando aquella tenga vuelta la espalda.

M. Y se va! Esto es demasiado, es insufrible... yo pudiera ver... (mirando por el ojo de la llave.)
 Se ha ido (saliendo.)
 Nada! El pasillo está oscuro.
 (tose.) Hum! Hum! Señora Marquesa!..
 Miguel, qué hay de nuevo? Sigue esa joven el pabellon? Has podido saber quién es?
 No señora.
 No olvides lo que te he ofrecido, con que bla; sírveme hasta el fin.
 (Dios mío! la tentacion es tan grande!) Pues en, lo sé todo.
 De verás? Y qué has descubierto?
 (con misterio.) Cosas horribles, muy horribles.
 Me das miedo.
 Ha estado aquí con la del pabellon.
 Con la joven? Y qué la ha dicho? Lo has oído? Habla.
 La ha dicho cosas muy tiernas.
 Que horror!
 Despues la ha dicho... princesa estrangera.
 Cómo?
 Despues han hablado de Venus y de los célebrs.
 Qué escándalo! Qué profanacion! Ese hombre es un villano!
 Luego se han pedido favores.
 Jesús! Jesús!
 por último, han bailado.
 Bailado? Con que han bailado? Y juntos? Unos á solas! Dios mío! Han bailado! Qué vá á decirle mi?
 ¡hist! silencio! Si señora... han bailado; mi... creame usted, ese hombre no tiene la conciencia tranquila.
 (con desesperacion.) Si, debe estar condena-

do á los profundos infiernos; pero en fin, qué sucedió?
 MIG. Por último, cuando la tenia asida de la mano... mas él viene, silencio, señora Marquesa; adios y cuente usted conmigo.

ESCENA XII.

La MARQUESA, luego DON CAMILO.

MAR. Este, este era el secreto horrible que no me queria revelar. Oh! como le voy á poner.
 CAM. (entrando.) Ya estará lejos. Gracias á Dios que he quedado mas tranquilo)
 MAR. Ha entregado usted ya ese documento á su arrendador?
 CAM. Si, señora, y espero que usted tendrá la bondad de disimularme.
 MAR. (No me puedo contener.) No señor, no lo disimulo.
 CAM. Válgame Dios, amabilisima vecina, por qué está usted tan airada conmigo?
 MAR. Y se atreve usted á preguntármelo? Usted que me ha engañado con tanta osadia?
 CAM. (Diablo! Si habrá descubierto que he sido bailarín?) Vecinita! No me diga usted esas cosas...
 MAR. Si señor, si señor, estoy muy ofendida! Lo sé todo.
 CAM. Todo?
 MAR. Y yo tendria la suficiente calma para perdonar ciertos estravios; me revestiria de toda mi razon, pero hay cosas... Oh! Olvidaria las tristes escenas que han pasado; pero lo del baile... jamás!
 CAM. Lo sabe! Lo sabe! Desgraciado de mi!
 MAR. Lo sé, si señor, lo sé, y hace usted bien en avergonzarse, porque eso de bailar... eso de haber bailado... y en fin, de otro modo... pero haber bailado como usted...
 CAM. Qué dice usted, señora mia? Yo he bailado con toda perfeccion; nadie en el mundo ha sabido imitar mis cruzados.
 MAR. Y no lo niega; este hombre es una fiera.
 CAM. Y por qué lo he de negar?
 MAR. Que descaró! Pero, no, yo tengo la culpa, yo, que volvia decidida á transigir. Oh! es usted un Maquiavelo.
 FED (dentro.) Vamos, señores, vamos; aqui estarán.
 CAM. Qué es eso?

ESCENA XIII.

Los mismos, FEDERICO, un NOTARIO, MIGUEL, acompañamiento.

FED. Aquí están, llegó el momento; viva el alcalde!
 TODOS. Viva!
 MAR. Basta, sobrino, basta! Yo no comprendo...
 CAM (ap. á la Marquesa.) Puesto que usted, señora Marquesa, se obstina en desairarme, busquemos un medio honroso.
 MAR. (idem.) Volverá usted á ver á la princesa?
 CAM. (Calla! por donde sale ahora)
 FED. Vamos, señor notario, empecemos la ceremonia; han nacido el uno para el otro.
 NOT. Solo falta poner el nombre del futuro, si el señor alcalde tiene la bondad.

ESCENA ULTIMA

Dichos, CARLOTA.

CAR. Esta no es la llave, señor.

MAR. Una joven!

CAM. Soy perdido.

MIG. (*bajo á la Marquesa.*) Esa es la del paballon.MAR. Cómo? Venga usted aqui, señorita. (*la coge del brazo y la trae de una carrera al proscenio.*)

CAM. Señora! Que la vá usted á estropear los pies.

MAR. Caballero! Vamos á ver, pronto! Usted tiene la culpa de todo; quién es usted, y á qué ha venido á este sitio?

CAR. Yo? A ver á mi padrino.

MAR. (*con alegría.*) Su padrino? Con que es usted su ahijada? Nada mas?

CAR. Nada mas; y ahora mismo me voy á Madrid.

CAM. Si, vete, hija mia, vete y dá espresiones á la familia.

MAR. (*vá á don Camilo y le toma las manos con cariño.*) Amigo mio, perdóneme usted, soy muy culpable, he dudado del amor de usted! pero ese secreto? (*reparando en la sortija.*) Dios mio! Qué es esto? Esta sortija? Quién se la ha dado á usted?

CAM. (Otra te pego? Bárbaro de mi!) Esta, esta sortija... la tengo...

MAR. (*iluminada.*) Si será... venga usted aqui; la verdad, se llamaba usted en otra ocasion Tortolini?

CAM. Maldicion! Cayó en la cuenta! Si, si, si, señora; perdon!

MAR. (*con alegría.*) Que casualidad! Tanto mejor voy á firmar el contrato. (*se dirige á la mesa.*)CAM. (Que diablos pasa aqui? (*de pronto mirando la sortija.*) R. C. Rafaela Calamocha! Así se llama la Marquesa! Será posible? Seria ella?MAR. (*presentándole la pluma.*) Tiene usted la bondad de firmar?

CAM. Dios mio! Era usted?

MAR. Chist! (*poniéndole el dedo en la boca.*)

CAM. Conque es usted.

MAR. Silencio! silencio!

CAM. (Que cosas pasan en el mundo! Quién habia de decir?... Lo que hacen los hombres y las mugeres!..) (*respirando con fuerza.*)

Ah! ya sali del aprieto!

no mas polkas ni redowas!

Me pesaba diez arrobas

este maldito secreto!

Ya soy un alto sugeto,

personage de interés,]

pero al fin, qué extraño es?

Tanta fortuna he tenido?

No soy solo el que ha subido

de bailarín á marqués.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Es copia del original censurado.

MADRID, 1851.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.